

SERMON

DE LA

NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.

De la cual nació Jesus, que se llama Cristo.

S. Mateo, c. 1. v. 16.

Formado el hombre á imágen y semejanza de Dios, adornado de justicia original, dotado de inteligencia y de muchos otros dones sobrenaturales, que le hacian hijo adoptivo de Dios, heredero de su reino inmortal, jefe de las criaturas visibles, dispensado de la muerte y templo vivo del Espíritu santo; era un objeto digno de las complacencias del Señor. Pero habiendo caído por su inobediencia del esplendor de su primer estado, vino á ser en un momento objeto de la indignacion de Dios; en cuya ruína fuimos todos sus descendientes envueltos.

¡Qué catástrofe, oyentes míos, qué mutacion tan deplorable y tan extraña! Privados de la justicia original y demas dones de naturaleza y de gracia, fuimos desde aquel instante convertidos, de hijos de Dios en esclavos del demonio, de herederos del cielo en víctimas del infierno, de objetos de la complacencia del Señor en blanco de sus iras, de templos vivos del Espíritu santo en cavernas hórridas del Dragon infernal. Miserable condicion humana! quién te consolará en tanta desgracia?

Mas ah! no olvidemos, señores, que Dios, cuya naturaleza es la bondad y la misericordia por esencia, desde el momento de

nuestra caída en la de nuestros primeros padres nos anunció el consuelo de reparar nuestra miserable ruína. Maldijo en efecto á la serpiente, instrumento de que se habia valido el demonio para engañar á Eva, y le dice: *yo estableceré una irreconciliable enemistad entre ti y una mujer, entre tu generacion y la suya, y ella quebrantará tu cabeza* (1).

En este oráculo entienden todos los Padres de la Iglesia la primera profecía de la venida del Verbo eterno al mundo á tomar carne en el vientre virginal de una doncella, para redimir al linaje humano. Y ¿quién sino María, fruto de una deliberacion eterna, y verdadera madre de Dios, es esta mujer fuerte, que debia pisar y deshacer la cabeza del Dragon infernal? ¿No es Jesus este Hombre-Dios y fruto de su seno virginal, el que triunfó del demonio, de la muerte y del infierno, borrando con su preciosa sangre el decreto de nuestra condenacion, reconciliándonos con Dios?

Á vista de estas misericordiosas ideas que la Religion nos inspira en órden á la venida al mundo de nuestro Salvador y de su madre purísima, ¿no nos será lícito decir con el real Profeta en accion de gracias y llenos de confianza: *Señor, á proporcion de la multitud de dolores que afligian nuestro corazon, llenan de alegría nuestra alma tus consolaciones?* (2) Consideraba este profeta el infeliz estado de la naturaleza humana, su inclinacion al pecado, la prosperidad de los malos, la persecucion del justo, la impiedad y la injusticia, que á manera de un torrente devastador é impetuoso cubrian toda la faz de la tierra; objetos lúgubres que afligian hasta el fondo de su corazon.

Mas cuando lleno de esperanza en las promesas del Señor ve abrirse los cielos para llover al Justo, al Criador y al Salvador del universo; cuando se le representa una feliz hija de su tribu, destinada por el Altísimo desde la eternidad para dar á luz al Sol de justicia Cristo, se regocija su espíritu y se llena de alegría. Y ¿no es, señores, este el motivo mismo de consolacion que celebra la Iglesia en este dia? ¿No nos anuncia para nuestro consuelo y edificacion la natividad de esta hija de David, criatura la mas feliz, la mas dichosa, la mas privilegiada que hubo ni habrá jamas sobre la tierra? ¿No nos presenta el

(1) *Genes. c. 3. v. 14.* (2) *Psalm. 93. v. 19.*

glorioso esplendor de esta aurora del Sol divino Jesucristo, que vino á destruir el reino del pecado, y á establecer el de la verdad y la justicia?

¡Qué globo de resplandor y de luz, qué abismo insondable de grandeza no presenta á primera vista este objeto á los ojos de nuestra fe! ¡Qué asunto tan propio para ser tratado por la afectuosa devocion de los Benitos, Ildefonsos y Bernardos, y con la elocuencia de los Ambrosios y Crisóstomos! Por lo que á mi hace, señores, ¿qué podrá deciros en digno elogio de la natividad de María un hombre abrumado de los años, abismado en lo terreno, cubierto de ignorancia y de la lepra del pecado?

Pero vos, Señor, habéis prometido virtud y energía á los que evangelizan vuestra sana doctrina, cuyo fin siempre me propongo en todos mis discursos al pueblo cristiano. Con esta confianza pues me acerco á buscar el elogio de la natividad de vuestra Madre y nuestra, en el Evangelio que la Iglesia vuestra esposa canta en esta festividad, y en él hallo en efecto el mas sublime panegirico de la exaltacion de esta Reina, de su honor y de nuestro consuelo, dictado en tres palabras por el Espíritu santo; á saber, *María, de la cual nació Jesus*. Palabras ciertamente dignas de toda nuestra atencion, y que nos ponen á la vista, primero, su altísima dignidad; y segundo, los poderosos motivos de consuelo que ella misma nos ofrece. Dos breves reflexiones, que justamente dividen la materia de este elogio, digno de mi objeto, de vuestra atencion y de mis débiles conatos.

Animád, Señor, mis palabras; vuestra causa se trata y la de vuestra Madre augusta: ponéd en mis labios palabras de eficacia y de vida, para que pueda anunciar dignamente vuestras obras y misericordias. Esta gracia, Señor, os pedimos por la poderosa intercesion de vuestra Madre y nuestra. Saludémosla todos á este fin, diciéndole con el ángel *Ave María*.

PRIMERA REFLEXION.

Los elogios mas pomposos en honor de María son inferiores á su alteza, dice san Bernardo, porque solo es propio de Dios alabar dignamente esta obra singular de sus manos. Prescindo pues aquí, señores, de la ilustre sangre de patriarcas, reyes y profetas que corre por sus venas: todo esto son grandezas frágiles de la tierra y de ningun valor por sí mismas en la presen-

cia de Dios. De otro origen pues debemos inferir la altísima dignidad y la singular consolacion que el Señor nos preparó en la natividad de María. El fundamento de su exaltacion y de nuestro consuelo consiste en haber sido ella elegida desde la eternidad para madre del Omnipotente y refugio del linaje humano.

Esta eleccion le trajo como en arras en el primer instante de su ser, justicia perfecta, pureza sin mancha, union con Dios, autoridad en el cielo, potestad sobre el infierno, soberanía universal sobre la tierra, independencia del pecado, plenitud de gracia. Este frondoso árbol, cuyas ramas de beneficencia se extienden á todo el mundo, debe producir, como fruto de sus virginales entrañas y obra del Espíritu santo, la hermosa flor de la raíz de Jesé, ó hermoso lirio de los campos, segun el vaticinio de un profeta, cuyo olor y suavidad ha de llenar al universo. Es decir (para hablar sin figura), que María, preparada en los designos del Señor ántes de la constitucion del mundo, nace para verdadera madre de Jesus, Dios y hombre juntamente, nuestro criador y salvador. Qué alteza, qué dignidad! ¿Qué elogio podrá compararse á este que dictó el Espíritu santo?

María madre de un Dios-Hombre! ¿Quién al considerar la natividad de esta feliz criatura, no descubre con los ojos de su fe aquel sublime promontorio de gloria y de esplendor, elevado sobre otros de incomparable altura; es decir, á María sobre todos los santos, patriarcas, profetas, ángeles, arcángeles y demas jerarquías, y solo inferior á Dios? María nace para madre de Jesus, Dios y hombre. ¿Qué rasgos de majestad y de gloria no presenta este misterio á los ojos de nuestra fe? Formemos idea por la estrecha union que viene á celebrar con Jesucristo. Esta no es una simple union de afinidad ó de sociedad; es una union de consanguinidad, que va á constituirla, dice san Agustin, de una misma carne, de una misma sangre con Jesucristo; vínculo tan estrecho, que como el hijo en lo humano no puede representarse sin madre, Jesucristo, en virtud de esta eleccion, no pudo concebirse sin María; como el hijo es una porcion de su madre, Jesucristo es una porcion de María. Esta en efecto puede decirle: tú eres mi Hijo muy amado, á quien con tanta verdad concebí en la plenitud del tiempo, como vuestro Padre celestial os engendra por toda la eternidad en el esplendor de los santos.

María nace para madre de Jesucristo. ¿Á qué dignidad para tan alto fin no la ha elevado el Padre eterno? Para que podamos formar alguna idea, acerquémonos en espíritu con san Bernardo al trono de Dios, y contemplemos allí la generacion del Verbo. Ved, nos dice este Padre, la admirable analogía ó semejanza que hay entre la eterna fecundidad del Padre y la misteriosa maternidad de María. Si el Padre celestial engendra al Verbo de su propia sustancia, María le concibe de su propia sangre. Si el Padre le engendra por el conocimiento de su inefable grandeza, María le concibe por la humilde confesion de su nada. Si el Padre le engendra de un modo incomprendible, María le concibe de un modo milagroso. Si el Padre le engendra en todo semejante y consustancial á sí mismo, María le engendra semejante á sí misma y á su Padre. Si el Padre en fin divide solo con María los derechos que tiene sobre Jesucristo, María solo divide con el Padre los derechos que en cierto modo tiene sobre su Unigénito.

María nace para madre de Jesucristo. ¡Qué altísima dignidad, qué grandeza! Á vosotros, ángeles, comunicó Dios la pureza; á vosotros, profetas, comunicó sus luces; á vosotros, reyes, comunicó la majestad; á vosotros, héroes y conquistadores, comunicó el poder: con vos sola, ó santa Madre de Dios, dividió, para decirlo así, su divina fecundidad. Vosotros, ángeles, fuisteis embajadores de Jesucristo; vosotros, profetas, fuisteis sus pregoneros; justos del antiguo Testamento, vosotros fuisteis sus figuras; reyes y jueces de Judá, vosotros fuisteis sus ascendientes; pero María, mas feliz, mas privilegiada que vosotros todos, viene á ser su verdadera madre. El seno de una vírgen va á ser tan luminoso en cierto modo como el del Padre celestial, porque nace para engendrar al mismo Verbo en sus entrañas.

Á presencia de la infinita sabiduría que encierra el misterio inefable de la encarnacion del Verbo, confúndanse y enmudezcan los arrianos, nestorianos y demas racionadores importunos, que fascinados por la vana filosofía de los deístas y materialistas de nuestro siglo corrompido, solo creen lo que cae bajo nuestros sentidos. Ah, miserables alucinados! vosotros, que á pesar de vuestras decantadas luces ignoráis aún la causa del flujo y reflujo del mar, la de la virtud magnética y muchas otras cosas naturales que veis cada día, abatid vuestro orgullo,

confesád de buena fe vuestra ignorancia; cautivad vuestro entendimiento en obsequio de la Religion de vuestros padres, y entonád con reverencia y profunda sumision el cántico de la Iglesia católica, que mas há de doce siglos pronuncia en honor de María. «Tu natividad,» dice, «tu natividad, ó Vírgen y Madre de Dios, ha llenado de gozo al universo mundo, porque de ti salió el Sol de justicia Cristo Señor nuestro, que borrando el anatema de nuestra condenacion, nos dió la bendicion, y confundiendo la muerte, nos dió la vida eterna.» ¡Qué estímulo de veneracion y gratitud! ¡Qué poderosos motivos de consuelo no debe inspirarnos este sencillo elogio de la Iglesia, apoyado en el Evangelio!

¿No es esto enseñarnos para consuelo nuestro, que Jesucristo, verdadero Hijo de Dios y de María, Dios verdadero y verdadero hombre, una sola persona y sin confusion dos naturalezas, consustancial al Padre segun la divina, inferior á los ángeles segun la humanidad, y hecho participante de nuestras miserias (á excepcion del pecado), viene á redimirnos? Ah! grande enfermo del género humano, que yaces mortalmente herido, y en impotencia de curarte, como san Agustin se explica, respira ya, consuélate; pues tocado el Señor de tu deplorable estado, viene á curarte ya cual médico omnipotente. Llegó al fin la plenitud del tiempo; la noche terminó; vino la aurora; desaparecieron las tinieblas; el sol va á difundir sus rayos y á iluminar la faz del universo.

¡Temblád y estremecéos, potestades aéreas! vuestro reino va á ser destruído. Hé aquí nace María, esta mujer verdaderamente fuerte, que debe quebrantar vuestra cabeza. Ella ha sido elegida por el Altísimo, dice san Gerónimo, para dar paz á la tierra, fe á las naciones idólatras, órden á la vida, fin á los vicios, arreglo y disciplina á las costumbres. Hé aquí, repito, la criatura mas feliz que ha habido ni habrá jamas sobre la tierra; la madre, digo, del Autor de la gracia y terror del infierno; cuya excelencia es tal, que no se sabe qué cosa deba mas admirarse, si su altísima dignidad, ó si su poder y entrañas de misericordia. Examinemos brevemente estos dos poderosos motivos de nuestro consuelo.

SEGUNDA REFLEXION.

Adorable Dios en sus miras, é ingenioso en sus misericordias para con el hombre, no solo destinó á cada uno su ángel custodio, para que le defendiera y guiase por las sendas de la salud, sino que dispuso que sus mayores amigos tomasen bajo su proteccion los diferentes reinos, provincias, ciudades y lugares del mundo cristiano, para que por medio de sus súplicas desarmaran su justa cólera, y sirviesen como de canales para la comunicacion de sus gracias. Con este fin, desde que la antigua serpiente derribó de su estado feliz á nuestros primeros padres, y en ellos á todos nosotros, fué amenazada por Dios con el poder de una mujer, que quebrantaria su cabeza. Anuncióla despues por un profeta, como un terrible ejército en órden de batalla. Comparóla tambien á su caballería contra los carros de Faraon; es decir, al ministerio de sus santos ángeles en el castigo de los egipcios y de los ejércitos de Benadac y de Senaquerib: dióle en fin un poder casi sin límites, y superior á todo lo que no es Dios.

Esta mujer, verdaderamente fuerte, que tanto dificultaba el Sabio hallar (1), es María, madre de Dios y nuestra. Qué consuelo, señores! Al considerar su valimiento para con el Señor, los Padres de la Iglesia la proclaman principio de la salud, fuente de la gracia, árbol de la vida, puerta del cielo, redentora con el Redentor, mediadora con el Mediador, víctima con el Cordero sin mancha, consuelo del afligido, y torre fortísima de David, donde están pendientes mil inexpugnables escudos, para prevalecer de todos nuestros enemigos, visibles é invisibles.

Pero qué digo? ¿no triunfa diariamente María del Dragon infernal, cuya potestad no hallaba Job con quién compararla sobre la tierra? ¿No ha triunfado, digo, con mas fortaleza que Judit de Holofernes, que Ester de Aman, que Jael de Sísara, que Tebites de Abimelec, y que de Seba la mujer de Abela? ¿No ha trastornado, dice Eutimio, las aras de los ídolos y los templos del gentilismo, haciendo cesar en sus altares la efusion de sangre humana? ¿No ha exterminado ella todas las herejías, como la Iglesia canta? Arrio, Nestorio, Juliano apóstata, Hel-

(1) Prov. c. 31. v. 10.

vidio, Constantino Coprónimo, y muchos otros herejes en diferentes épocas, ¿no han sido castigados por Dios con el último suplicio por haber blasfemado de su honor y del de su santa Madre?

Ademas ¿no nace María para reina del cielo y de la tierra? ¿No es superior por consiguiente á toda criatura? ¿Quién podrá pues resistir su poder? ¿Qué no podrá obtener á favor de los que de corazon la invocaren? No diré yo por una falsa y mal entendida devocion, que tiene autoridad para salvar las almas que por un justo é irrevocable juicio ha reprobado su Unigénito: esto seria un delirio y una atroz injuria contra Jesucristo y su santísima madre. Pero sí diré, que puede conseguir lo que no pudo Abrahan; es decir, el perdon de una ciudad infame. Diré, que puede contener, mejor que Moises, las venganzas del Señor contra un pueblo idólatra. Diré, que su poderosa intercesion debe inspirarnos mas confianza que á Júdas Macabeo las oraciones de Onías y Jeremías. Diré con toda la Iglesia, que Jesucristo en el seno de su gloria reconoce á María por su verdadera madre, y que inclinado á sus súplicas le dice, como Salomon á Betsabé: pide, madre mia, que no me es permitido rehusar tus peticiones. Yo pondré donde os agrade, mis ojos de misericordia: á tus oraciones suspenderé mi cólera y cerraré los abismos. Sé tú el consuelo de los afligidos, la fortaleza de los flacos, la protectora de los pueblos, el iris de la paz y el refugio de los pecadores. ¿Qué no debéis, señores, esperar de tan singular protectora, atendido su poder y su carácter benéfico?

En esta parte solo cede María á Jesucristo, que es el principio de toda bondad; y hé aquí uno de los mas poderosos motivos de nuestro consuelo; pues siendo la mas conforme á la imágen de su Unigénito, que se sacrificó voluntariamente por nuestra salud, es por consiguiente la mas benéfica á favor del género humano. Aún cuando quisiéramos ocultar su beneficencia, ¿no bastaria para manifestarla su cualidad de Madre de Dios? ¿No nos proveyó de su sangre aquella hostia pacífica, en que fundaba sus esperanzas la antigua ley; hostia inmaculada, que ha sido, es y será consolacion de la nueva; hostia viva, nuestra redencion y santificacion, que quita los pecados del mundo?

¿Qué diré de los templos consagrados á Dios en honor de su

madre? ¿No son, como el Arca del testamento en casa de Obededon, una fuente inagotable de bienes espirituales y temporales á favor de los que debidamente invocan á esta madre benigna? Recorred los anales de las naciones que se han acogido bajo la proteccion de María, y hallaréis testimonios ilustres de esta verdad: veréis, digo, erigidos en su honor infinitad de monumentos de gratitud á sus beneficios. Qué mas? ¿quién, os ruego, ha estimulado á los reyes cristianos á poner bajo su amparo su trono y sus dominios? El carácter benéfico de María. ¿Quién estimula al guerrero á invocarla en sus combates, al caminante en sus peligros, al moribundo en la agonía, al marinero en la borrasca? El carácter benéfico de María. ¿Quién estimula al pecador y al justo á implorar su proteccion, ya para obtener el perdon de sus culpas, ya para alcanzar el don de la perseverancia? El carácter benéfico de María. ¿Por dónde en fin nos vienen, como de asilo de proteccion, las gracias del Altísimo y la consolacion de nuestras aflicciones? Por el canal benéfico de María. Los Justinianos, Heraclios, Comnenos, Monfortes y Estanislao, ¿no obtuvieron en este augusto nombre la victoria de sus enemigos, los triunfos de la Religion y la seguridad de sus estados? España, que desde el suceso del Pilar de Zaragoza se gloria de su augusta proteccion, ¿no podrá deponer de la decidida predileccion de María á su favor? Ah! Pelayos, Alfonsos, Fernandos, Jaimes de Aragon, presentáos aquí por un momento á darnos testimonio de los gloriosos triunfos que consiguieron vuestras armas bajo la tutela de María.

¿Qué reino, qué provincia de las de este vasto imperio, qué cuerpo, ya eclesiástico, ya militar, ya civil, ya literario, no ha experimentado la beneficencia de María? Vosotros mismos, señores, ¿cuántas veces no habéis experimentado su proteccion? ¿No ha sido ella vuestra universal consolacion en las difíciles circunstancias y peligros, á que mas de una vez os ha expuesto la peste, la hambre, la guerra y la invasion de los enemigos? ¿Cuántas veces no hubiera peligrado vuestra vida, vuestro honor y el de vuestra familia sin el socorro de María? ¿Cuántas no os ha alcanzado bendiciones de suavidad y de dulzura, para libraros del abismo de la culpa? De una vez, ¿quién de vosotros no ha experimentado el calor de su misericordia?

¿No podré pues concluir de todo lo dicho, que la natividad

de María, de la cual nació Jesucristo, fué la aurora de la redencion y el consuelo del linaje humano? Elevada por Dios desde el momento de su concepcion immaculada á la mas alta dignidad, al mayor poder, y dotada en aquel instante con unos dones y gracias que ninguna criatura obtuvo ni obtendrá jamas, ¿no vino á ser el gozo y alegría de todo el mundo racional, por su inefable privilegio de madre del Mesías prometido y precursora de la redencion? Por ti, ó Virgen santa, como decia san Cirilo, por ti resplandeció sobre la tierra el Unigénito de Dios, é iluminó á los que yacian entre las sombras de la muerte: por ti, que diste á luz al Criador del universo, vino el gentilismo al conocimiento de la verdad, reconociendo el error de la idolatría! por ti en fin el hombre, oprimido por tantos siglos bajo la dura esclavitud del demonio, respiró recibiendo á su consolador y redentor. Digna madre de su mismo Dios y criador, digna esposa del Espíritu santo, hija digna del eterno Padre, y madre benéfica del linaje humano, al cual de orden de Jesucristo moribundo adoptó sobre el Calvario, ¿á qué elogios, á qué veneracion, á qué culto no es acreedora?

Dilatád, señores, vuestros ánimos, avivád vuestra fe, y alentád vuestra confianza bajo la proteccion de esta madre poderosa y benéfica, pues, como afirma un padre de la Iglesia, no es posible perezcan sus verdaderos devotos. Pero advertid, que de este número excluyo á los que se contentan con ciertas preces diarias en honor de la madre de Dios; pero sin dejar sus pasiones favoritas, sus odios, sus intrigas, sus pleitos injustos, sus monopolios, sus simonías etc. Devotos de María llamo á los que buscan de corazon al Señor, abandonando las sendas de la iniquidad, convirtiéndose á Dios bajo la proteccion de su madre. El que perseverare en este santo propósito hasta el fin, no perecerá, porque los que así alabaren á María, obtendrán la vida eterna: *qui elucidant me, vitam eternam habebunt* (1).

Augusta y soberana madre, abogada nuestra, consolacion nuestra, dulce esperanza nuestra, desde el solio de grandeza á que os elevó el Omnipotente, dignáos arrojar una mirada favorable sobre nosotros. Pecámos, hemos errado las verdaderas sendas; mas ¿cómo podremos volver á ellas, si el conductor nos falta? No somos dignos de tanto beneficio; pero sois nuestra

(1) *Eccli. c. 24. v. 31.*

madre y del divino Salomon. Pedidle, os rogamos, por la paz de la Iglesia y del estado, por el soberano pontífice, por nuestros gobernantes, por los pastores, preladados y ministros del santuario, para que de comun acuerdo y con zelo cristiano se opongan á esa nube opaca de libertinos, deístas, ateístas prácticos y apóstoles de la sensualidad, de la inmoralidad é irreligion. Cesen ya, madre nuestra, los rigores de justicia que merecen nuestras culpas. No veamos de nuevo la funesta desolacion de nuestra patria y de nuestro santuario. Rogád á vuestro Hijo conmueva el desierto de estos corazones incircuncisos, que los atraiga y los convierta, para que todos conozcan y confiesen, que solo á Dios se debe el honor, la fortaleza, la gloria y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DEL

NACIMIENTO DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

(DE BORDOY.)

Jacob autem genuit Joseph, virum Mariæ, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.

Y Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesus, que se llama Cristo.

S. Mateo, c. 1. v. 16.

De cuantas criaturas primorasas formaron las manos omnipotentes del Criador, ninguna ciertamente llamó su particular atencion y cariño como la santísima vírgen María. Mucho se complació el Señor en la formacion de los ángeles, que habia criado para ministros de sus órdenes y pregoneros de sus alabanzas; mucho en la aparicion de aquellos ilustres personajes y célebres heroínas, que escogió para instrumentos de su gloria y exaltacion de su nombre divino; pero por mucho que se agradara Dios de estas dichosas criaturas, es excesivamente mayor el afecto y benevolencia que profesa á nuestra Reina y Señora. Porque por mas que figuraran los ángeles y santos en los desig-nios de amor y bondad que Dios habia concebido, nunca debian ser llamados á tener parte en el cumplimiento del inefable misterio, que, segun san Pablo, estuvo tanto tiempo escondido á los siglos. No entraban por cierto en el plan de la redencion del linaje humano; en la base de la alianza que se habia de contraer entre Dios y el hombre; en el motivo del abrazo y dulce